

¿Por qué han vuelto los antiguos comunistas en Europa Central?

Georges Mink
y Jean-Charles Szurek,
investigadores,
Centre National de
la Recherche Scientifique (CNRS),
Institut de Politique
Internationale et Européenne
(IPIE), París

En otoño de 1992, el Partido Democrático del Trabajo (ex partido comunista en el poder) ganó 73 de los 141 escaños del Parlamento lituano. El 19 de septiembre de 1993, la Alianza de la Izquierda Democrática (reagrupamiento de los antiguos comunistas) y el Partido Campesino (antiguo satélite) alcanzaron respectivamente 171 y 132 escaños en la Dieta polaca. En Hungría, el 29 de mayo de 1994, el Partido Socialista Húngaro (ex comunistas reformadores) se aseguró 209 de los 386 escaños en la Asamblea. El 18 de diciembre de 1994, el Partido Socialista Búlgaro, heredero del antiguo partido comunista en el poder, consiguió, con 125 de los 240 escaños, la mayoría de la Asamblea Nacional. ¿A qué se puede atribuir este fenómeno, tan masivo como sorprendente?

Sería fácil explicar el regreso de los antiguos comunistas por el *derrumbamiento económico*, consecutivo a la dislocación del antiguo campo socialista, y por los efectos de éste, inesperados a la hora de las euforias iniciales (caída notable de los ingresos, del consumo, aparición de un paro importante). El voto a favor de los herederos del antiguo régimen significaría entonces una *nostalgia* por las conquistas sociales desaparecidas (estabilidad del empleo, amplia protección social, colonias de vacaciones, etc.) y un *desencanto* real.

Aunque esta explicación habitual es sin duda legítima, las causas del fenómeno, en nuestra opinión, son sin embargo más complejas. Tienen que ver con dos órdenes de causalidades interdependientes: por un lado, la *ilegibilidad* de la "revolución de 1989" para las sociedades, que no pueden determinar la parte de *ruptura* o de *continuidad* en el nuevo régimen (habiendo éstas rechazado además las rupturas radicales que las depuraciones, llamadas descomunización o lustraciones, supuestamente constituían); y, por otro lado, la *acción anticipadora de las élites mismas del antiguo régimen* respecto a la transición hacia la economía de mercado y la democracia, que coloca así a dichas élites en una posición particularmente favorable en el umbral del postcomunismo.

1989: ¿continuidad o ruptura?

Una de las máximas causas del regreso de los antiguos comunistas reside en la naturaleza misma del proceso simbolizado por 1989: esta parte de Europa ¿ha presenciado o no una revolución? ¿se han dado más rupturas con el socialismo real o, al contrario, más continuidad? Pueden resultar extraños estos interrogantes acerca de una sacudida política -con la que nadie hubiera soñado tan sólo cinco años atrás- que ha (re)producido la libertad y la independencia, el

pluralismo político y la democracia, la economía de mercado y el abandono de la planificación centralizada. Los observadores, con todo, habían apuntado el extraño carácter de esta “revolución sin revolucionarios” (François Fejtö), de esta “refolución”* (Timothy Garton Ash) o, también, de esta “revolución negociada” (según el sociólogo húngaro Laszlo Bruszt).

En efecto, en Hungría y en Polonia, los dos países que han sido los primeros en dismantelar el sistema de tipo soviético, el traspaso de poderes entre las antiguas élites políticas y las oposiciones se opera pacíficamente, diríase que dentro de la concertación. Estas últimas ciertamente toman el poder al calor de las primeras elecciones democráticas, pero las fuerzas del antiguo régimen, reconvertidas a la socialdemocracia y disueltas en la vida económica, no han quedado descompuestas. De hecho, la propia evolución del régimen comunista conducía a éste, por su participación creciente en la propiedad privada (desarrollo de la “segunda economía” en Hungría, de las *joint ventures* en Polonia, de la economía paralela en general), hacia una economía más capitalista. Esta

evolución, tributaria además de las conminaciones del Fondo Monetario Internacional a las que se habían sometido los Gobiernos comunistas de los años ochenta, imponía asimismo una política de rigor y de sacrificios para las poblaciones, política que precisamente aplicarán los primeros Gobiernos post(y anti)comunistas, siguiendo a sus predecesores. Aquí la *continuidad* es total.

Esta continuidad es tanto más gravosa que el único gesto político que hubiera podido marcar un corte revolucionario, provocar una catarsis social, ha fracasado. Las acciones de descomunización, es decir, de depuración, han sido en términos globales, y extrañamente, razonables, gracias, en particular, a la sabiduría de antiguos oponentes como Mazowiecki, Geremek, Kis o Zhelev. Siendo primer ministro, Tadeusz Mazowiecki trazó, explícita y deliberadamente, una “gruesa línea sobre el pasado”, y Janos Kis recorría las primeras reuniones electorales libres proclamando que “no había que hacer como ellos”. Los únicos países en donde las descomunizaciones han

traducido un sentimiento de venganza y encendido las imaginaciones, son Checoslovaquia y la antigua República Democrática Alemana (RDA), dos países que, en cierta manera, padecieron en mayor grado un comunismo claramente policial, siendo el caso rumano un tema aparte. Pero, incluso en estos países, las depuraciones, comparadas con las de otros o con lo que hubieran podido ser, han resultado limitadas. Por otra parte, ha ocurrido a menudo que, una vez pasada la aspiración inicial a la justicia, la empresa de descomunización se ha visto instrumentalizada, convirtiéndose en arma política para las apuestas por el poder, como fue el caso en Polonia en el seno de *Solidarnosc* en 1992 (intento demagógico de depuración por parte del primer ministro, Jan Olszewski, que intentó alcanzar a Lech Walesa y que costó el cargo al anterior). Ha resultado de ello una singular y compleja *amnesia* respecto al comunismo.

La percepción del pasado comunista

En Lituania primero, en Polonia y en Hungría después, la mayoría de los electores rechazó manifiestamente una aproximación maniquea al pasado comunista. Esta mayoría no quiso identificar el comunismo exclusivamente con un período negro de sus historias nacionales. Un enfoque semejante no hubiera dado cuenta ni de las movilidades ascendentes (al menos para una generación), ni de su diversidad, ya que la fachada del comunismo escondía empresas de reforma (Polonia, Hungría), combates a favor de una mayor independencia respecto a Moscú (el presidente lituano, Algirdas Brazauskas, luchó en este sentido en su época de primer secretario del partido comunista lituano), o aperturas hacia Occidente (Polonia, Hungría).

La herencia y la fuerza del comunismo consisten en que, una vez desaparecido, éste ha conseguido hacer admitir la idea que había sido un vector de *progreso*, una empresa que había sabido industrializar y urbanizar países agrícolas atrasados y que, funcionando desde ahora en condiciones de regla democrática, seguía siendo lo *social* por excelencia, mucho más que los demás partidos, percibidos en general como corporativistas (los partidos campesinos, por ejemplo). *El hombre de mármol*, la película de Andrzej Wajda sobre el estalinismo, ilustra bien

“Los mismos comunistas se han prestado a reconquistar las memorias históricas contra las que habían luchado”

este apego del hijo del régimen a la construcción de lo social, pero también a la *libertad* (*El hombre de hierro*), esta libertad que va a conquistar con Solidarnosc en 1980 primero y en 1989 después. Pero precisamente, la libertad conquistada pone más aún en valor su apego a los “logros del socialismo”. Solidarnosc, o lo que queda de ella, sigue reivindicando, desde la caída del comunismo, la lucha contra el Estado-patrono, contra el capitalismo. Éstos son los valores dominantes del mundo obrero que otorga sus votos ya no a Solidarnosc, convertida en organización medio política medio sindical, sino al partido comunista transformado en organización socialdemócrata.

La imposibilidad de una descomunización en profundidad y una amnesia relativa respecto a los crímenes cometidos bajo el comunismo hacen que éste pueda ahora alardear de su “balance”. Resulta cada vez más frecuente oír hablar, en Hungría y en Polonia, de la “edad de oro” de Kadar o de Gierek. Así pues el comunismo actuaría como un *referente identitario*: ha moldeado al menos a dos generaciones obreras e intelectuales que, aun habiéndolo combatido mortalmente (1956, 1968, 1970, 1976, 1980-1981), han salido de él y han aceptado algunos de sus valores: negar el comunismo o reducirlo a un todo negativo equivaldría entonces a negarse a uno mismo.

Los crímenes cometidos por los distintos equipos en el poder no son ni tan irrelevantes ni tan antiguos. En Budapest, la revuelta de 1956 tuvo un saldo de varios miles de muertos. Y, sin embargo, es en Hungría donde se observa, a juzgar por la debilidad de la descomunización y por la memoria *irónica* del comunismo (memoria que excluye el odio), la mayor indiferencia respecto al antiguo régimen. En Hungría, la gente ha votado de forma muy masiva por las antiguas élites, y es en este país donde dichas élites han cruzado, del modo más natural, el umbral que conducía del *nomenklaturista* clásico al empresario privado o al cuadro de una *joint venture*. Es en Budapest donde han sido *preservadas* las monumentales estatuas del comunismo, exponiéndolas en un parque -con entrada pagada- dedicado a este fin. Y ¿qué decir de Polonia, este país-faro de las revueltas obreras anticomunistas, en el que ahora una mayoría de polacos percibe la introducción de la ley marcial de diciembre de 1981 como un mal necesario y al general Jaruzelski como a un héroe nacional? Extraña amnesia pues que ha permitido a los

comunistas reconvertidos adaptarse de forma polimorfa a todas las situaciones: nacionalistas en la antigua Yugoslavia, estalinistas en la República Checa, reformadores en Eslovaquia (así como en Polonia y Hungría), comunistas-ecologistas en la extinta RDA. En todas partes, han sabido encontrar suficientes puntos de anclaje en la memoria histórica y en la memoria social para que éstas cobren sentido en las sociedades postcomunistas.

Pero, tal vez, se trate de una falsa amnesia, de hecho más compleja: las manifestaciones de una memoria ávida por adueñarse de nuevo de fragmentos enteros de sus historias nacionales ultrajadas ¿no han sido en realidad expresiones de esta necesidad catártica evocada más arriba? La decapitación de las estatuas y los entierros simbólicos (como el de Imre Nagy, por ejemplo) habrían entonces constituido un *simulacro* necesario a la ruptura, del mismo modo que la restitución a las calles de sus nombres originales o la vuelta a las celebraciones de las fiestas nacionales. A veces, los mismos comunistas en el poder se han prestado a reconquistar las memorias históricas contra las que habían luchado. En Polonia, el general Jaruzelski pidió cuentas a Gorbachov sobre los crímenes de Katyn. En Hungría, los funerales de Imre Nagy no simbolizaban únicamente el hilo recuperado de la independencia húngara o el rechazo del compromiso kadariano; aunque de forma involuntaria, legitimaban también, en la persona de Nagy precisamente, un comunismo reformador sobre el que los antiguos comunistas podían apoyarse, aun cuando no fueran los verdaderos destinatarios de esa ceremonia. Su conducta hacia Alemania Federal en 1989 (apertura de la frontera para los refugiados de la RDA) y hacia la oposición de entonces (negociaciones), su entrada -consecuencia de esa “buena” conducta- en la Internacional Socialista, les han permitido no desaparecer.

Las mesas redondas, en el transcurso de las cuales fueron negociados los traspasos de poder, tuvieron un papel no despreciable en el rebrote de legitimidad de estos equipos del antiguo régimen que han aceptado el diálogo y que se han encaminado -no sin dificultad, ciertamente- hacia el abandono del poder. Durante dichas mesas redondas, los enemigos aprendieron a conocerse, a trabajar como socios de una negociación. Esta situación se prolongó después en los parlamentos en los que, si bien los neosocialistas fueron sistemáticamente mante-

nidos en cuarentena por todas las demás fuerzas políticas, el inevitable trabajo entre cuatro paredes de estas instituciones (comisiones parlamentarias, sesiones, etc.) condujo a los grupos parlamentarios a tener intercambios y a tratarse. De este modo, los mecanismos de re inserción de los antiguos comunistas estaban dados, incluso antes de sus victorias electorales.

Estrategias de conversión de las antiguas élites comunistas

En el terreno económico, se puede decir que los antiguos responsables, *apparatchiki* y otros directores de empresas, no llegaron *nunca* a irse, como lo demuestran recientes encuestas sociológicas. Sencillamente, ocupan a partir de ahora puestos más *diversificados* en el campo económico. Este *mantenimiento* global de las antiguas élites económicas fue incluso el argumento central de los partidarios de la descomunización integral, para los cuales los antiguos *apparatchiki* habrían preparado una falsa salida de la escena política con el fin de camuflar mejor verdaderas estrategias de conversión, con el objetivo de conservar, en medio de la debacle, el poder económico, trampolín para una futura reconquista del poder político. Estos ataques tenían, es cierto, la coherencia de las apariencias. Pero omitían en realidad una incómoda paradoja que podemos enunciar brutalmente: es el comunismo, tanto por su evolución propia -como

“La re inserción de los antiguos comunistas estaba dada, incluso antes de sus victorias electorales”

ya se ha dicho-, como por la acción de sus élites, *el que ha producido capitalismo*, en particular en los dos países más *disponibles*, Polonia y Hungría, una tesis válida también para los demás países. Así pues, hoy en Polonia, se admite cada vez más que el golpe de Estado militar del general Jaruzelski estaba más abierto al mercado -que quería introducir de forma autoritaria- que Solidarnosc, contra la que ese golpe estaba dirigido.

Entre los nuevos empresarios, la masa de aquellos que tuvieron *vínculos*, más o menos directos, con el antiguo poder político-económico es enorme: en Polonia, por ejemplo, casi un 30% de los nuevos empresarios provendría de la antigua *nomenklatura*, un

número ligeramente inferior en Hungría; pero tanto en Polonia como en Hungría, se ha asistido a una amplia reproducción (50%) de los directores de empresas del sector público (Wasilewski, 1994). El acceso a la condición de neocapitalista ha seguido un camino diverso en el seno mismo del Estado-partido. Como han demostrado las encuestas sociológicas sobre el final del comunismo, el sistema concéntrico del poder comunista tenía tendencia a relajarse, a volverse más fluido, a aumentar el número de círculos exteriores. De modo que los “departamentos del personal” del Comité Central, encargados de nombrar a los principales cargos de responsabilidad en el país (listas de *nomenklaturas*), tenían que ver de forma creciente con individuos cada vez más *indiferentes* en el terreno ideológico. Al final de los ochenta, algunas categorías como las de directores de determinadas empresas se veían incluso completamente sustraídas a su control. Concursos de reclutamiento sustituían progresivamente la acostumbrada selección política. El sociólogo polaco, Antoni Kaminski (1992), ha establecido en el seno de la *nomenklatura* la existencia de hecho de un círculo *interior* (en el que la adhesión a los valores políticos dominantes es el principal criterio de reclutamiento) y de un círculo exterior (en el que el criterio de competencia y, en general, los criterios meritocráticos se encuentran a la base del reclutamiento). De este modo, la evolución final de la ex *nomenklatura* resulta interesante en tanto que ha añadido, a la posición inicial del poder, una competencia profesional (a menudo un diploma de gestión y un diploma técnico). Es pues una capa que se encuentra, en el umbral del capitalismo, dotada con diferentes tipos de “capitales”, pero en los que el *capital cultural* es sin duda dominante.

El ejemplo checo es llamativo al respecto ya que los *nomenklaturistas* del país se han visto, en su mayoría, despedidos de un día para otro y no han dispuesto, en general, de capitales elevados; éstos eran, en todo caso, menores que los de sus homólogos polacos o húngaros. Sin embargo, las encuestas de movilidad social llevadas a cabo por sociólogos checos (Mateju/Rehakova, 1994) han confirmado que, también allí, el “estatuto” de *nomenklaturista* predisponía, incluso bajo coacción, a la empresa privada. De hecho lo que más ha pesado en el paso de los ex *nomenklaturistas* al capitalismo

ha sido su *savoir-faire*, sus contactos, su cultura industrial, su preparación a los sistemas de gestión moderna, todo ello conseguido a menudo gracias a becas concedidas por el partido para perfeccionar sus conocimientos, unos en el MIT (Massachusetts Institute of Technology), otros en la Business School de Harvard o en la Law School de Columbia. También han podido volver a utilizar los contactos establecidos en los tiempos de la omnipotencia del CAME (Consejo de Asistencia Económica Mutua), contactos que los situaron de entrada como intermediarios privilegiados entre Occidente y el Este. Todos estos atributos de una suerte de capital cultural formado bajo el comunismo han podido sustituir, en el esfuerzo de acumulación precoz, el capital físico, a su vez más bien escaso y accesible a una minoría de cuadros del comunismo.

En Polonia y en Hungría, fueron leyes destinadas inicialmente a la creación de mecanismos de competencia las que, en 1988 y 1989 (Mink/Szurek, 1992), abrieron a la *nomenklatura* económica el camino de la autoapropiación. Durante los dos años anteriores a la caída del régimen, unidades económicas jurídicamente independientes fueron creadas en el seno mismo de las empresas públicas y dirigidas en general por los máximos responsables de éstas, ya que, al principio, el cúmulo de responsabilidades no era sancionado. Es la transferencia de activos, en general subevaluados -toda la astucia radicaba simultáneamente en el cúmulo legal de funciones y en la dificultad de una evaluación pertinente de los bienes-, la que ha permitido que se abran en estos países posibilidades legales de acumulación, propias de la *nomenklatura*, que vinieron a sumarse a las *joint ventures* y al sector privado, en el que ésta ya había invertido. De ahí que la ruptura de 1989 facilitara naturalmente, gracias a este *empujoncito*, el acceso de una parte considerable de la *nomenklatura* económica a la empresa privada, para la cual este grupo social era el mejor preparado y a la que el comunismo impedía nacer. En otras palabras, los capitanes industriales del comunismo han dirigido, a falta de otra cosa y con el carnet del partido como pasaporte, astilleros o gigantescos complejos, pero en cuanto se dieron las condiciones de montar su propia empresa, se lanzaron a ello con pasión, fuesen o no despedidos de sus puestos de trabajo.

En otros países, la *nomenklatura* económica se vio sorprendida por los acontecimientos y se fue adaptando como pudo. En cambio, la

nomenklatura política, más expuesta a la vindicta, ha intentado en lo posible preservar una parte de su patrimonio y desarrollar una estrategia de supervivencia. Este fue el caso de Alemania Oriental: un equipo de investigación, asociado a la Universidad Libre de Berlín, ha revelado todo un dispositivo de conversión, montado por la Stasi unos meses antes de la caída del Muro. En efecto, poco antes del derrumbamiento definitivo, la Stasi intentó “reinsertar” a sus colaboradores, fabricándoles nuevas identidades y currículos profesionales. A continuación, el departamento XVIII de los servicios de seguridad, dedicado a los asuntos económicos y comerciales, debía hacerse cargo de los oficiales de la Stasi. Dicho departamento era el que distribuía los cargos de dirección en las empresas industriales, incluso durante el período posterior a la dimisión de Erich Honecker y con el consentimiento del Gobierno de transición de Hans Modrow. La propia Stasi había creado, por su cuenta, un centenar de empresas. Un ejemplo de ello es la empresa de instrumentos de precisión Wigeba, situada en el barrio Köpenick de Berlín Este, en la que la Stasi ha colocado a 1.500 de sus colaboradores. Esta empresa cobró una subvención de 75 millones de marcos directamente del Gobierno de Modrow (*Rzeczpospolita*, 17.02.95). Otro ejemplo de estrategia de supervivencia, relacionada con el PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética), apareció en la prensa moscovita en noviembre de 1991. El diario *Komsomolskaia Pravda* reveló la existencia de documentos que acreditaban la hipótesis de una concertación internacional de las estrategias de conversión económica, iniciativa en la que el PCUS anterior al intento de golpe de Estado de agosto de 1991 habría desempeñado el papel de regulador. El PCUS habría pues convocado, en marzo de 1991, un seminario que debía, según escribió en una nota confidencial uno de los participantes, A. Postowalow, “dar prioridad a la creación de estructuras que no tuvieran vínculos formales con el partido, tales como las sociedades por acciones, fundaciones, sociedades de responsabilidad limitada. En otras palabras, conviene crear instituciones que no puedan ser expropiadas por motivos políticos” (*Komsomolskaia Pravda*, 1991). En la misma reunión, a propuesta de L. Miller, uno de los dirigentes del SDRP (Socialdemocracia de la República Polaca), el sucesor directo del anterior partido

comunista, habrían sido constituidos un banco de datos y un centro de coordinación de las actividades comerciales e industriales de los partidos comunistas (*Gazeta Wyborcza*, 12.11.91).

De hecho se han dado al menos dos tipos de *nomenklaturas* durante la fase de declive del antiguo régimen: un modelo de *nomenklatura* ilustrada (Polonia, Hungría) que se proveyó de estrategias de anticipación y que produjo en su seno un empresariado voluntario, y un modelo de *nomenklatura* conservadora (Checoslovaquia, RDA) que ha suministrado un empresariado forzoso, que obedecía a una lógica de supervivencia. La diferencia entre ambos tipos, por otra parte, no se reduce únicamente a situaciones históricas distintas. Los representantes de la ex *nomenklatura* checa resultan ser mucho más ideologizados que los polacos o los húngaros (Mink/Szurek, 1994). Para los checos, el pasado “comunista” reviste mayor importancia que el presente “capitalista”. Los polacos o los húngaros, aun sin renegar del todo de su pasado, valoran mucho más el presente y el porvenir. Este porvenir, del que tomaron la iniciativa mucho antes de 1989, se declina sobre

el modo social-liberal. Los checos, por su parte, empresarios por necesidad, no consideran su situación como definitiva y siguen soñando con el regreso al paraíso perdido. Ello no quiere decir que la situación ideológica de los primeros, que intentan conciliar sus convicciones de izquierda con una práctica liberal, resulte más cómoda

que la de los segundos. Con frecuentes referencias al modelo chino, los empresarios checos salidos de la *nomenklatura* aprueban la apertura hacia la economía de mercado del antiguo sistema socialista, pero no su democratización. Si en la República Checa éstos, por sus características, corren el riesgo de quedar marginados respecto a la nueva clase empresarial, en Polonia y en Hungría constituirán uno de los núcleos centrales más dinámicos.

De este modo, tanto en el espacio económico como en el político, he aquí a los ex comunistas, en particular a los del antiguo aparato central y territorial, reinstalados en cargos de dirección, ya no del Estado-partido sino, suprema ironía, del Estado democrático.

En el espacio político se han reconvertido rápidamente a la socialdemocracia, sobre todo los líderes salidos de la corriente reformadora de los antiguos partidos comunistas, y admiten oficialmente que, en el debate histórico entre el comunismo y el socialismo democrático, este último es el que ha vencido. Resulta pues totalmente lógico que pidan su entrada en la Internacional Socialista, la cual, tras aceptar a los socialistas húngaros, acaba de conceder el estatuto de observador a los socialistas polacos, otorgándoles una legitimidad europea a la que llevaban tiempo aspirando.

Uno de los factores que ha favorecido su desarrollo desde 1989 radica también en el reconocimiento, por parte del cuerpo social, de su profesionalismo político. Se han adaptado a la nueva situación tanto más fácilmente cuanto que han recobrado de prisa sus puntos de referencia, costumbres, informes, e incluso, algunos locales. En resumen, son los herederos de un viejo entramado político que, en algunos aspectos, ha estallado (por ejemplo, la disolución de los antiguos partidos en el poder), pero que, en otros, se ha mantenido relativamente. En el Parlamento, sus “técnicos” podían brillar tanto más -ante las cámaras de televisión, precio de la modernidad- cuanto que los antiguos disidentes no podían conocer de entrada los complejos problemas del presupuesto o de la agricultura.

¿Podría producirse, en las sociedades postcomunistas, una convergencia entre estos actores neosocialdemócratas y los empresarios salidos del antiguo régimen? Una alianza de esta índole podría ocurrir tanto más fácilmente cuanto que sus estrategias de conversión han convergido claramente y que unos y otros reclaman en voz alta, ante el estupor de los oponentes históricos, sus “derechos de autor” en la destrucción del comunismo y en la precipitación hacia el capitalismo de un régimen que pretenden haber condenado por “superado y reaccionario”. Es sintomático, en las elecciones polacas y húngaras, que el porcentaje más elevado de electores empresarios se haya inclinado hacia las formaciones políticas ex comunistas, mientras que los partidos liberales, aliados ideológicos naturales de los industriales o de los comerciantes, se han visto relegados a segundo plano. Cabe perfectamente la posibilidad que un empresariado moderno y social apoye de ahora en adelante una socialdemocracia no menos moderna y social. Por su parte,

“El fenómeno del ‘regreso’ de los comunistas se inscribe en la evolución misma del comunismo”

los partidos liberales, en los que se encuentra lo esencial de los antiguos oponentes (Alianza de los Demócratas Libres en Hungría, Unión por la Libertad en Polonia), han contribuido también a la relegitimación de los antiguos comunistas, ya que han optado, en nombre del realismo político, por firmar *alianzas* de Gobierno con sus antiguos enemigos (alianza a nivel nacional en Hungría, alianzas locales en Polonia). De esta forma, han colocado la última piedra en el edificio de la reintegración de las élites de ayer en el juego social y político.

Este regreso, sin embargo, no significa en absoluto, como lo creen algunos analistas, que los que vencieron al comunismo sean los burlados del asunto. El fenómeno del “regreso” de los comunistas se inscribe en la evolución misma del comunismo. No por ello sus victorias electorales anuncian forzosamente futuros éxitos, igual de amplios. Su electorado es, en todas partes, heterogéneo: algunos han votado por ellos porque pensaban que han cambiado, otros porque no han cambiado. Tarde o temprano, esta contradicción acabará por estallar.

Referencias bibliográficas

Kaminski, A.Z. (1992) *An Institutional Theory of the Communist Regimes*, pp. 214-220. San Francisco: ICS Press.

Komsomolskaia Pravda (1991) “Kak ucrast miliard i spastii um, chest i soviest” (Cómo robar mil millones y salvar la razón, el honor y la conciencia), 9 de noviembre.

Mateju, P. et Rehakova, B. (1994) “Une révolution pour qui? Analyse sélective de modèles de mobilité intragénérationnelle entre 1989 et 1992”, *Revue Comparative Est-Ouest*, 4:15-31.

Mink, G. et Szurek, J-C. (1994) “Agir ou subir: les nomenklaturas polonaises et tchèques face à la grande mutation économique (1988-1993)”, *Revue Comparative Est-Ouest*, 4:47-63.

Mink, G. et Szurek, J-C. (1992) “Adaptation et stratégies de conversion des anciennes élites communistes”, en *Cet étrange post-communisme, rupture et transitions en Europe Centrale et Orientale* (sous la direction de Georges Mink et de Jean-Charles Szurek), pp. 67-83. Paris: Presses du CNRS-La Découverte.

Wasilewski, J. (1994) “La nomenklatura: vers quel destin social?”, *Revue Comparative Est-Ouest*, 4:33-46.

Nota

* Palabra compuesta por reforma y revolución (N. de T.)